

no creen que por amor de Dios sea preciso huir del mundo, encerrarse en una celda ó retirarse á un desierto. Para ellos, amar á Dios es amar á los hombres, y amar á los hombres es trabajar en su perfeccionamiento. «El mejor medio, dice Shaftesbury, de amar á sus semejantes es darles la libertad, la libertad de pensar y la libertad política, porque sin libertad el hombre es un esclavo, esclavo de la ignorancia y de la supersticion, ó esclavo de un tirano; estas dos servidumbres van juntas y mutuamente se acompañan. Ahora bien, ¿se puede pensar en perfeccionar el espíritu humano, cuando se encadena la razon? Trabajemos, pues, por emancipar á los hombres de las cadenas que los sujetan» (1).

Hé aquí unas palabras nobles que nos llevan á una moral, á una religion, completamente diferentes del cristianismo tradicional. Los defensores del cristianismo alaban su caridad, su amor á Dios; no ven que esa caridad y ese amor engendran el egoísmo más brutal. ¿Cuál es el ideal más sublime que han concebido los más santos entre los discípulos del cristianismo? Estar solos con Dios y no vivir más que en Dios. ¿Preguntaremos qué es del amor de los hombres en esta soledad? El verdadero cristiano responderia que ante todo debe trabajar en su salvacion; responderia además que no olvida á sus semejantes, que los ama en Dios y que hace oracion por ellos. ¿Qué le importa despues de esto el mundo, la libertad de pensar y la libertad política? Prueba, dicen los deistas, de que la caridad cristiana no es más que egoísmo, y como todo egoísmo, el egoísmo cristiano no conoce siquiera sus verdaderos intereses. Los cristianos, que tanto hablan de salvacion, no saben lo que es la salvacion. Shaftesbury dice con razon que no hay moralidad sin desarrollo intelectual; la salvacion exige, pues, que el pensamiento sea libre, y ¿cómo ha de serlo, si el hombre es esclavo? ¡Libertad, libertad! exclaman los deistas ingleses, ésta es la primera condicion de la salvacion. Permanezcamos, pues, en el mundo, y trabajemos por perfeccionarlo. Esta es la condicion de nuestro perfeccionamiento individual. Hé aquí una concepcion muy diferente de la del cristianismo. No tiene todavía en los deistas la claridad, la evidencia que despues ha adquirido. Esta

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. I, p. 319.

es la causa de su debilidad. Siguen en pos del ideal de la felicidad. Esta idea debe ser sustituida por la del desenvolvimiento de nuestras facultades. Cuando haya arraigado en la conciencia general, la religion quedará trasformada.

N.º 4. — *Apreciacion del deismo.*

El deismo dió por resultado una trasformacion del cristianismo. En este sentido los deistas pueden llamarse cristianos, lo mismo que los protestantes avanzados de nuestros tiempos. Bajo el punto de vista de los ortodoxos, son los enemigos del cristianismo, y por consiguiente enemigos de toda religion, puesto que para ellos no hay más religion que el cristianismo tradicional. Es cierto que los deistas destruyen los fundamentos de la revelacion milagrosa; si, pues, fuera cierto que la fe fuese por su esencia sobrenatural, sería exacto decir que el deismo la destruye. Despues de la lucha que acabamos de presenciar, no puede haber duda alguna sobre este punto. Los deistas empezaron contemporizando con el cristianismo, se presentaban como más cristianos de lo que eran, pero acabaron por formular terminantemente la incompatibilidad absoluta entre la razon y la fe revelada. Dodwell dice lo mismo que Bayle: «Es preciso escoger: si sois creyente á la manera de la Iglesia, guardad vuestra fe y no penseis en apoyarla en la razon, ó se arruinará.» Bayle habia deducido de aquí la consecuencia de que era preciso imponer silencio á la razon y atenerse á la palabra de Dios. No fué esta la consecuencia de los deistas: «Puesto que la oposicion es radical, dicen, irremediable, es menester abandonar esa fe quimérica y atenerse á la razon» (1).

Esto es racionalismo puro. Se concibe, pues, el furor de los ortodoxos contra los deistas. Ya en el siglo XVII, cuando el deismo estaba aún naciente, Pascal lo condenó con violencia. «La Iglesia, dice, aborrece casi de la misma manera el deismo y el ateísmo. ¿Por qué? Porque los deistas conocen y sirven á Dios sin media-

(1) DODWELL, *Christianity not founded* (1742). — LECHLER, *Geschichte des englischen Deismus*, p. 412 y sig.

dor. Ahora bien, este mediador, Jesucristo, es el verdadero Dios de los hombres, porque es el verdadero reparador de nuestra miseria» (1). ¡Qué pequeñez en tan gran genio! Nuestra *misericordia*, según él, y según todos los cristianos, procede del pecado original. Luego todos los que ignoran este pecado original, no conocen á Dios. ¡Cosa singular! Pascal, tan altivo con los deistas, ¿estaba bien seguro de conocer al verdadero Dios? Un jesuita lo acusó de ateísmo. En efecto, Pascal era jansenista, y como tal, exageraba los funestos efectos del pecado original; estaba, pues, fuera de la verdadera doctrina, y el que se engaña acerca del pecado original, ¿no está muy cerca de engañarse acerca del Reparador y del Mediador? Por consiguiente, según Pascal, conviene aproximarse al ateísmo. ¡Hé aquí los resultados del exceso de ortodoxia!

Cuando Pascal es tan arrebatado y tan injusto, no debe extrañarnos el que almas más pequeñas condenen á los deistas en nombre de la verdad revelada que creen poseer. En los primeros años del siglo XIX, un francés del oratorio publicó una *Historia del filosofismo inglés*. Ya el título da por sí solo á conocer el desprecio del autor hácia los libres pensadores. Tabaraud no hace más que reproducir los ataques de Leland, con la diferencia de que el doctor anglicano lo había hecho con más moderación y más ciencia. El escritor francés se desata principalmente contra Woolston, el autor de las *Cartas sobre los milagros de Jesucristo*: «Llevó, dice, la locura hasta el frenesí: *hízose bien en encadenarle para impedirle hacer daño.*» ¿No parece que se trata de alguna fiera, algún tigre ó alguna hiena estapada de su jaula? Sin embargo, aquel deista tan mal reputado entre los ortodoxos, quiso más bien morir en su prisión que comprar su libertad, no ya con una retractación, sino con una simple promesa de no publicar sus ideas. Tabaraud mismo dice que «su vida era sobria, su piedad ejemplar, su caridad grande» (2). ¿Son éstos los caracteres de un loco furioso? Para completar el cuadro de la acrimonia ortodoxa, diremos que este autor es á su vez muy sospechoso para los ortodoxos de pura raza!

(1) PASCAL, *Pensamientos*, XXII, 1.

(2) TABARAUD, *Historia del filosofismo inglés*, t. II, p. 123, 162.

A la rigidez católica opondremos el juicio de un filósofo contemporáneo de los deistas. Leibnitz se encogía de hombros cuando oía declamar contra el deísmo; escribe á Burnet (1696): «Por lo que respecta al deísmo de que se acusa al clero de Inglaterra, ojalá que todo el mundo fuese siquiera deista, es decir, estuviese bien persuadido de que todo está gobernado por una soberana sabiduría» (1). Estas palabras del gran filósofo dan mucho que pensar. Es decir que había muchos que se llamaban cristianos y que no creían en la Providencia. Decimos muchos cristianos, porque Leibnitz escribe en el siglo XVII, en esa edad celebrada hoy como la edad cristiana por excelencia: era la época de Luis XIV, aquel piadoso rey que hacía reinar la piedad, si hemos de creer los discursos del clero francés. Leibnitz veía más claro: la religion oficial no era más que hipocresía, para uso de un déspota que creía expiar los pecados de su juventud dedicándose en edad avanzada á una estúpida devoción. Bajo la apariencia de la piedad, dominaba una incredulidad tanto más peligrosa cuanto que se veía obligada á ocultarse. Leibnitz tenía, pues, razón al decir: ¡Ojalá todo el mundo fuese deista! Esto nos lleva á decir dos palabras acerca de los destinos del deísmo.

Los ortodoxos se engrían cuando hablan de los resultados que dió un movimiento que tan vivamente agitó á la Inglaterra á fines del siglo XVII y en la primera mitad del XVIII. «¿Dónde están los deistas? dicen. ¿Qué ha sido de aquella secta que pretendía reemplazar al cristianismo ó trasformarlo? El deísmo no existe ya más que en obras oscuras que nadie lee. Lo mismo sucederá con toda doctrina que se atreva á atacar á la religion de Cristo. Las puertas del infierno no prevalecerán nunca contra ella!» ¿Es cierto, efectivamente, que el deísmo ha fracasado? En el sentido ortodoxo esto querría decir que la religion revelada queda triunfante. Vivimos, es verdad, en unos tiempos de reacción religiosa, de la cual saca partido principalmente el catolicismo. Pero el que penetrase en el fondo de este pretendido renacimiento, podría repetir hoy como Leibnitz; ¡Ojalá todo el mundo fuese deista! No es, pues, el catolicismo el que ha triunfado. ¿No será más bien el deis-

(1) LEIBNITZ, *Opera*, edic. Dutens, t. VI, 236.

mo, mejor dicho, la creencia instintiva que inspiraba á los deistas, la de un cristianismo progresivo?

Hay un elemento negativo en el deísmo, un principio de destrucción. Los deistas han atacado la revelación sobrenatural, los milagros, las profecías, los misterios, la idea de la fe. No iniciaron ellos el combate, ni este cesó cuando desaparecieron de la escena. Escuchemos á los filósofos del siglo XVIII: en otro lugar hablaremos de los racionalistas alemanes. Son sucesores, ya que no discípulos, de que pueden estar orgullosos los Shaftesbury y los Bolingbroke. El racionalismo, dirán los defensores de lo pasado, está desacreditado, así como la filosofía de Voltaire y el deísmo inglés. Si así lo creen, se engañan grandemente y se contentan con palabras. Sí, no hay ya deistas, racionalistas, filósofos, como en el siglo pasado. ¿Significa esto que la guerra que han hecho al cristianismo tradicional sus enemigos haya cesado con la victoria de lo sobrenatural y lo milagroso? Gran ceguera se necesitaria para creerlo. Los estúpidos milagros fabricados por la Iglesia y que han sido aplaudidos en pleno siglo XIX, han merecido la rechifla del mundo civilizado. En el seno mismo del cristianismo las sectas más avanzadas rechazan todo milagro, toda revelación sobrenatural. Los ortodoxos están de duelo: lo sobrenatural ha muerto en la esfera del pensamiento y no lo han de resucitar ellos: la resurrección no está ya de moda.

Hay aún otro elemento en el deísmo. Lord Herbert, el primero de los deistas, formuló los dogmas fundamentales de la religión natural. Esta es la religión de todos los deistas. Esta fase del deísmo tuvo también acogida en Francia y en Alemania. Si diéramos crédito á los ortodoxos, ya hoy no se habla de religión natural como no se habla de deísmo. Nueva ilusión. ¿Qué es en el fondo la religión natural? La identificación de la moral y de la religión, la creencia de que el hombre consigue su salvación practicando la ley del deber, aún cuando no crea en la Trinidad ni en la transubstanciación. ¿Ha perecido esta creencia? ¿Se cree hoy, ni aún en los países católicos, que el que se abstiene de comer huevos en cuaresma tiene más seguridad de salvarse que el que trabaja en su perfeccionamiento y en el de sus semejantes? Así lo dicen, ciertamente, los obispos en sus pastorales, pero predicán en desierto;

sus palabras no encuentran ya eco más que en las clases de la sociedad en que reinan la ignorancia y la superstición. ¿No habrán influido algo los deistas en esta transformación del cristianismo?

Si se pregunta por qué no ha ocupado el deísmo el lugar del cristianismo tradicional, la respuesta es muy sencilla. No era esta la pretensión de los deistas ingleses. Veneraban á Cristo como su maestro. No hay que preguntar, pues, por qué el deísmo no ha llegado á ser una religión nueva: lo que se ha de mirar es si el cristianismo se ha modificado bajo la influencia de las doctrinas profesadas por los deistas. A esto ya hemos contestado. Nuestro Dios es el Dios de los deistas, mucho más que el de la ortodoxia. Nuestra concepción de la vida, del destino del hombre, es la de los deistas; nuestra moral es decididamente la suya. No hacemos más que una reserva: los deistas estaban llamados á demoler; ahora bien, rara vez los demolidores son los mismos que reconstruyen. En la obra de demolición el sentimiento religioso corre peligro de perderse, ó al menos de debilitarse. En este sentido Bossuet tiene razón cuando dice que el deísmo hace de Dios un ser inútil, sin acción alguna sobre el mundo, sin relación alguna con el hombre. Esto es exagerar el escollo; pero el escollo existe. No debe por esto inculparse á los deistas, el peligro estaba en su misión: más bien se los debe admirar, porque á pesar de ser demolidores, han sostenido la idea religiosa en su parte más esencial, la moral. Citemos un testimonio más al lado de los que preceden.

Toland dice en aquella de sus obras que tiene más mala fama, el *Panteisticon*: «Para vivir feliz, basta con la virtud; ella misma se sirve de recompensa» (1). La virtud que se basta á sí misma ¿no es más elevada, más verdadera que la virtud mercenaria de los cristianos? Toland prosigue en su *Nazareno*: «En mi religión veréis más objetos de práctica que de creencia, y no veréis más prácticas que aquellas que hacen al hombre mejor, ni otras creencias que las que conducen á la verdad y á la ciencia» (2). El fin del destino del hombre está en su desenvolvimiento intelectual y moral, y para realizarlo debe conocer la verdad y practicarla: ¿no

(1) TOLAND, *Pantheisticon*, p. 57.

(2) IDEM, *El Nazareno*, p. 26.

vale esto tanto como el bautismo y la transubstanciación? En fin, en una carta dirigida al obispo de Londres, Toland dice «que la libertad civil y la tolerancia religiosa han sido dos objetos principales de sus escritos.» Cuando se hablaba de libertad á las gentes de Iglesia, éstas clamaban contra la licencia: segun ellas, todos los que reclamaban tolerancia eran ateos. «Estais en un error, les responde Toland; yo quiero la libertad sin licencia: yo soy tolerante sin ser indiferente» (1). Esta religion que quiere emancipar el espíritu humano ha llegado á ser la de la humanidad moderna.

N.º 5.—*Los defensores de la revelación.*

Los deístas encontraron numerosos adversarios en el seno de la Iglesia anglicana. A fines del siglo XVII el caballero Roberto Boyle empleó una gran parte de su fortuna en fundar premios para la defensa del cristianismo. Este es un rasgo característico de la raza inglesa. En lugar de recurrir al cadalso ó á la prision, los ortodoxos tomaron la pluma para defender su fe: ¿No vale más esto que la inquisición y la censura de la Iglesia católica? Cuando los filósofos en Francia, exagerando las tendencias del deísmo, atacaron la base de toda religion, el clero pidió á gritos la intervención del gobierno para contener el desbordamiento de la incredulidad: solicitó, exigió medidas de represión. Y ¿cuál fué el resultado de aquella lucha del poder contra el libre pensamiento? La incredulidad fué creciendo é incurrió en los excesos del ateísmo y del materialismo. En Inglaterra los obispos no se desdijeron de entrar en liza: al libre pensamiento respondieron con el pensamiento. Aquella lucha pacífica tuvo resultados completamente diferentes de los que dió la guerra de persecución que la Iglesia de Francia hizo á la filosofía. El deísmo no degeneró en ateísmo: desapareció ó se transformó.

¿Significa esto que hayan triunfado los adversarios del deísmo? Para decidir quién fué vencedor, es preciso ver ante todo qué principios opusieron á los deístas los apologistas del cristianismo.

(1) *Life and writings of Toland*, p. 83.

Aquellos apologistas eran cristianos, pero cristianos reformados; ahora bien, la reforma no tiene confesión fija, inmutable, como el catolicismo: en vano trató de darse esa funesta inmutabilidad formulando sus dogmas: ya hemos dicho que el clero anglicano, aunque firmó los XXXIX artículos, no creía ya en ellos. Fuera del anglicanismo oficial se agitaban una multitud de sectas, y cada una se formaba diversa idea del cristianismo: Locke era sinceramente cristiano, aún cuando reducía el principio de la fe á la creencia en Jesús como Mesías ó como profeta: Clarke, uno de los defensores de la religion cristiana, era antitrinitario, y por consiguiente, le faltaba muy poco para negar la divinidad de Jesucristo. Los católicos no comprenden esta variedad infinita de creencias que se llaman todas cristianas: segun ellos, no hay más que un cristianismo, el de Roma; y los pretendidos cristianos que se hallan fuera de su Iglesia, son poco más ó menos como los infieles ó los libres pensadores. Escuchemos á un historiador de la Iglesia católica: Clarke y Locke, dice el abad Rohrbacher, eran tan cristianos como Mahoma y el Gran Turco. Locke, lo mismo que Mahoma, se limita á afirmar que Jesús es el Mesías. Y todavía es más explícito Mahoma que Locke sobre este punto» (1). Este juicio revela una intransigencia excesiva, pero encierra también un instinto de la verdad. Bossuet no se engañaba al decir que el protestantismo era un primer paso fuera del cristianismo, y que los reformados llegarían fatalmente hasta el socinianismo, es decir, hasta el racionalismo. Por lo tanto los deístas y sus adversarios protestantes se hallaban muy poco distantes: no había entre ellos más que una diferencia de grado, seguían el mismo camino; sólo que los unos formaban la vanguardia y avanzaban resueltamente, mientras que los otros los seguían lentamente y un tanto á su pesar; pero de todos modos avanzaban incesantemente y habían de acabar por reunirse con los primeros.

Hemos dicho que los deístas pasan con razón por discípulos de Locke en el sentido de que querían un *cristianismo racional*, una religion que pudiese ser aceptada por la razón. No había más que un medio de conseguirlo, que era transformar el cristianismo histó-

(1) RÖHRBACHER, *Historia de la Iglesia católica*, t. XXVI, p. 441.